

ras que se dan en la lengua hablada. La primera citada, a propósito del moribundo, sólo alcanza aplicación en la lengua literaria\*.

Julio Aramayo Perla.

VICENTE LLORENS CASTILLO, *Liberales y románticos*. El Colegio de México, México, 1954. 382 pp.

Son bien conocidas las excepcionales circunstancias que debió afrontar el romanticismo, como conciencia vital y como escuela o movimiento estético, para introducirse en la península. El romanticismo español se encontró con una serie de factores adversos que lo retrasaron, lo marcaron de nacimiento con un signo de debilidad y lo sofocaron durante su corta vida. Su estudio, pues, obliga a ser parcos en generalizaciones, y a someter toda hipótesis a cuidadosa revisión. No parece lícito por ejemplo, encajarlo en el gran marco del romanticismo europeo y empezar a establecer conclusiones sin haber atendido primero (y principalmente) a la singularidad de su origen, historia y destino. Su aparición es tardía, su proceso contrariado y su suerte escasa. La crítica —alguna crítica— ha oscurecido más la investigación arriesgando conceptos cuya falta de fundamentos es clamorosa. Se ha pretendido hacer del romanticismo español un afortunado resumen de influencias extranjeras; no han faltado tampoco quienes consideraron que, librada esta penosa "batalla", el romanticismo alcanzó un "triumfo" de alcances nacionales indiscutibles. Pocas veces como en este caso ha sido tan necesario acompañar su enfoque puramente literario con el conocimiento del momento político-social. Y sucede que la historia española, también singular, marchó siempre a contratiempo, adelantada o atrasada, del resto de Europa. La segunda restauración monárquica de Fernando VII, apoyada por las armas de la Santa Alianza, abrió un compás de espera para las letras, artes y ciencias españolas entre 1823 y 1834. Los liberales se vieron abocados a la angustia de una inmigración, cuyo ritmo no disminuyó aún después que Fernando otorgó una amnistía en 1824. Fueron doce años de muerte para casi toda evolución artística y doce años de intransigencia para el liberalismo español. No quiere decir esto (como lo pensó Sarrailh), que el romanticismo sólo pudo brotar con la vuelta de los emigrados en 1833-34, ni que los desterrados "hallaron" el romanticismo y luego lo "trajeron" a España. Habría que mitigar la afirmación y decir sólo que trajeron la idea de un romanticismo como escuela, pero que cuando salieron, llevaron consigo buena parte del espíritu romántico que ya se respiraba en España.

Esta época es la que Llorens analiza y enjuicia en el presente estudio, cuyos mayores méritos son la abrumadora documentación y la seriedad con que está trazada la línea de investigación. Llorens afirma —con apoyo en las versiones de *El Emigrado Observador*— que los expatriados que se refugiaron en Londres, sumaron más de mil familias. Londres fue, pues, el centro intelectual y político de la inmigración, por lo menos hasta 1830, año de la Revolución de Julio, fecha en la cual fueron pasando a Francia en gran cantidad. El choque de dos culturas profundamen-

\* Dentro de las que llamamos metáforas lingüísticas hay que distinguir las que el hablante reconoce realmente como construcciones metafóricas y las que ya se han gramaticalizado, donde casi no entra en juego la imaginación individual, donde no hay sentimiento ni imagen. Cfr. Charles Bally, *Traité de stylistique française*. Paris, 1951, I, 192 ss., y R. Wal'ek, A. Warren, *Teoría literaria*, Madrid, 1953, 318 ss.

te distintas, las dificultades consiguientes de adaptación y de la diferencia de idioma, fueron muy graves obstáculos para el desarrollo de sus actividades. Sin embargo, y Llorens lo apunta con acierto, hubo un elemento que proporcionó una concordancia espiritual: el ambiente de libertad. Ellos, liberales, debieron olvidar un poco (ayudados por la comprensión y simpatía de la gente inglesa que llegó a ayudarlos materialmente) las penurias de su condición, y sentirse más o menos compensados de la forzada lejanía de la España absolutista, con la permanencia en un país de tan ricas tradiciones democráticas. "Lo que más tenía que complacer a los refugiados liberales eran naturalmente las libertades inglesas. Libertad de prensa, libertad religiosa, libertades individuales, todo cuanto hacía de Inglaterra el país libre por excelencia frente a una Europa continental oprimida" (p. 68). Así pueden entenderse las amplias posibilidades con que contaron los emigrados para cumplir actividades políticas y organizar expediciones —muy románticas, por cierto— para rescatar a su patria de las garras de Fernando. Algunos pudieron contar en sus intentonas con miembros de nacionalidad inglesa o tuvieron el apoyo y el dinero de hombres como Sterling, Boyd, Trench y Kemble. Sobre todo, a partir de la Revolución de Julio de 1830, la actividad liberal es más franca; se preparan entonces las expediciones en los Pirineos que tienen al frente a militares de larga experiencia revolucionaria: Espoz y Mina, Torrijos, Valdés, De Pablo.

Por su parte, las actividades literarias de los refugiados tuvieron su hombre providencial en el editor alemán Rudolph Ackermann. "A Ackermann se debe... una gran parte de la producción de los emigrados; sin su empresa editorial, sin la imprenta de Calero y la ayuda de Salvá, muy pocos libros y revistas en español hubieran podido imprimirse" (p. 126). Aunque el autor no niega de plano la calidad intrínseca de las obras entonces editadas, pues reconoce que en historia política y literaria hubo otras de interés, deplora la general pobreza y anonimato a que estuvo condenada la literatura española de la emigración. Factores puramente materiales atentaron contra las publicaciones, y favorecieron a veces las menos valiosas. La actividad misma de creación mantuvo una calidad sólo decorosa. Seguramente, la tarea de José Joaquín de Mora fué la más importante. Además de sus celebrados artículos costumbristas en publicaciones inglesas (*The European Review*), son famosos sus *No me olvides*, curiosa mezcla de almanaque comercial, artístico y literario, a imitación del almanaque alemán tan popular por esa época, que Ackermann introdujo en Inglaterra. Las de Mora son traducciones a su vez del *Forget me not* inglés; por su enorme difusión, son imprescindibles para conocer la sensibilidad literaria del momento en Europa: interés por las innovaciones, aceptación de algunas, pero prudente respeto por la forma clásica. El ejemplo lo constituye el mismo Mora: "...Mora pudo tender hacia la novedad romántica después de haberla combatido, mas sin liberarse nunca del todo de su herencia clasicista" (p. 206). Al margen, —y para explicarnos el carácter de romanticismo español— es interesante observar el escaso atractivo que el paisaje londinense ejerció sobre los emigrados: la visión siempre despertará la añoranza del lejano ambiente nativo.

Con plausible extensión se estudia la actividad periodística de la emigración, actividad que por su intensa penetración social reemplazó con fortuna la falta de libros en el destierro. Alrededor de siete periódicos vieron la luz bajo la responsabilidad de los liberales; su suerte fue diversa, pero a nuestros ojos su valor documental es enorme. Así pues, "las circunstancias históricas convirtieron a Londres, entre 1824 y 1828, en centro intelectual de España y aún de Hispanoamérica" (p. 243). Consideramos de interesantísima lectura, las páginas (248-51 y 261-63) dedicadas a deslindar la posición ideológica liberal frente al hecho de la Emancipación

americana, a través de los artículos publicados en *El Español Constitucional* y los *Ocios de Españoles Emigrados*. Vuelve a ser Mora una figura destacada en esta tarea pues se convierte en redactor y director del *Museo Universal de Ciencias y Artes* y el *Correo Literario y Político de Londres*, editados por Ackermann. En cambio, para la comprensión de las vinculaciones romántico-liberales, Blanco White, el desterrado voluntario, es la figura central.

Blanco, en Londres, asiste al nacimiento del romanticismo inglés y a la penetración de la nueva filosofía alemana; este singular español supo defender vivamente la literatura imaginativa en abierta beligerancia con las ideas clasicistas que se enseñoreaban en España, y supo luchar contra la teoría dieciochesca del drama, —sin ser romántico. Su afán no paró allí: reimprimió y comentó las obras más conocidas de la Edad Media, desde crónicas hasta la *Celestina*. Pero se puntualiza que el medievismo de Blanco no es el mismo de la poesía neoclásica civil que "carece de perspectiva; el pasado y el presente, en vez de alejarse, se aproximan y aún se equiparan". Su actitud es muy otra: "Para Blanco la decadencia de la originalidad española se inicia precisamente con la época moderna, con la que se ha dado en llamar Edad de Oro. Pero esa decadencia no se debe a causas naturales, a corrupción o desgaste interno, sino a la opresión en que ha vivido el entendimiento y a la imitación de tendencias extranjeras contrarias al verdadero genio nacional" (p. 342). Hombre con estas ideas, bastante poca comprensión intelectual podía esperar del grupo liberal recién llegado de España con una tradición y una sensibilidad que eran cosa del pasado para él; todavía lo ajeó más la condición de su destierro. Sin embargo, logró establecer amistad con Mora, Galindo y otros pocos. Este nexo es fundamental para entender la sorprendente "conversión romántica" de Mora. Este (y luego algunos liberales más), gracias a Blanco, llegó a admitir lo que antes, en España, había negado rotundamente en la gran polémica con Boehl de Faber. Llorens quiere exponer los factores de tal conversión; "la misma apariencia no romántica del romanticismo inglés tenía que ser favorable para su aceptación por parte de quienes habían repudiado anteriormente lo que se les ofrecía bajo tal nombre"; tampoco es menos cierto que el concepto de 'romanticismo' había ido tomando cuerpo y profundizando su sentido en toda Europa, en forma muy distinta como había sido presentado por Boehl de Faber. "El romanticismo ya no era exclusivo de Alemania ni de Inglaterra, se extendía hasta por Francia. Y dondequiera le evaba un aliento vivificador, convirtiendo así en palpable realidad la apelación teórica al espíritu de cada pueblo. A los emigrados venía a revelárseles un nuevo camino para resolver la constante preocupación española desde el siglo XVIII, la de unir, no enfrentar, lo tradicional y lo moderno, lo español y lo europeo" (p. 357). Pero este romanticismo que recogieron los liberales no había sido sometido todavía a prueba; la vuelta a España significó un rudo contraste porque, ideológicamente, la nación había tomado otros rumbos durante su ausencia, y tuvieron que continuar aislados. Nada pudo evitar entonces que, poco a poco, el espíritu romántico de 'a nacionalidad cayese bajo el peso de la imitación francesa. Como consecuencia, el romanticismo español nunca pudo conseguir cohesión, ni unidad, ni vigor; y por desgracia los hombres que estaban destinados a convertirse en sus adalides (Espronceda y Larra) desaparecieron pronto. Llorens concluye pintando la sombría situación con estas certeras frases: "La desilusión romántica era tan inevitable como el desengaño liberal que la acompañaba. Si la libertad política no produjo la regeneración soñada, la emancipación literaria tampoco alcanzó su alta meta; ni siquiera mantuvo exentas a las letras españolas de nuevas servidumbres" (p. 361).

Ambiciosa la obra, pues su propósito es nada menos que agotar una época asaz complicada y contradicha, y positivos sus logros en el campo histórico y literario. No querriamos olvidar tampoco la mención de una cualidad no siempre común: la valentía del juicio, que resultará para algunos un tanto áspero pero para todos luminoso.

*José Miguel Oviedo.*